

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Las guerras frías del cono sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1948-1952).

Ernesto Bohoslavsky y Mariana Iglesias.

Cita:

Ernesto Bohoslavsky y Mariana Iglesias (2011). *Las guerras frías del cono sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1948-1952)*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/713>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IX Jornadas de Sociología de la UBA “Capitalismo del siglo XXI, crisis y reconfiguraciones. Luces y sombras en América Latina”

8 al 12 de agosto de 2011

Mesa 60 “Derroteros del liberalismo en el Cono Sur: Intelectuales, tecnócratas y poder político en el siglo XX”

Coordinación: Dante Ganem (UNGS/UNSAM) (menagdan@gmail.com)

Ezequiel Grisendi (CONICET – UNC) (egrisendi@gmail.com)

Martín Vicente (CONICET–UNGS/USAL)

(vicentemartin28@gmail.com)

**Las guerras frías del cono sur:
Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1945-1952)**

Ernesto Bohoslavsky (UNGS/CONICET)

Mariana Iglesias (UNSAM/CONICET)

Palabras claves: Liberalismo/ Democracia/ Segunda Guerra Mundial/ Guerra Fría/
Cono Sur

En abril de 1947 el matutino porteño *La Prensa* ofreció una serie de comentarios editoriales sobre un informe producido por el Comité para la Defensa Política, con sede en Montevideo, que a su vez se referían al capítulo VII del Acta Final de los acuerdos de Chapultepec, de 1945. El informe comentaba que, por fortuna,

La situación de las naciones del continente en lo que se atañe a los riesgos del régimen democrático común a todas ellas, no reviste actualmente las mismas características de los días en que las dictaduras totalitarias del ‘eje’ pretendían avasallar la libertad en el mundo entero

Sin embargo, el hecho de que el Eje estuviese derrotado desde hacía dos años no significaba para el matutino que las democracias estuvieran a salvo. La amenaza no tomaba ya la forma del fascismo sino del nacionalismo, el que era visto como un camino hacia el ahogamiento de los individuos frente al Estado:

Nos referimos concretamente a la exaltación de los titulados ‘nacionalismos’, fomentada por lo común por un concepto de exclusivismo sino despectivo para los demás, por lo menos de primario engreimiento, cuya consecuencia inmediata es la regimentación de los individuos, como elementos personales libres de una nación para hacer de ellas una masa uniforme al servicio del Estado

Las preocupaciones que mostraba este medio liberal porteño ilustran un clima más general compartido por diarios y grupos homólogos en la región. Se trata de un clima ideológico común que puede ser pensado como un puente entre el mundo dividido entre fascistas y antifascistas, característico de los años treinta y cuarenta, y el que se conformó tras la guerra, dicotomizado entre comunistas y anticomunistas.

Esos años coincidieron con el afianzamiento de las bases de un nuevo período de expansión de regímenes políticos democráticos en América del Sur, junto con el resurgimiento del liberalismo como ideología y la consolidación de Estados Unidos como potencia líder de occidente. El clima de ideas que se forjó a lo largo de esos años, y que continuó a lo largo de la década de 1950, paulatinamente comenzó a incorporar la lógica política de la Guerra Fría y llevó a que los liberales y demócratas antifascistas expresaran en algunos casos una ferviente adhesión al anticomunismo, retomando dinámicas políticas de exclusión ideológica asentadas algunas décadas atrás.

Esta ponencia propone realizar un repaso de este proceso en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay durante el período que transcurrió entre mediados de los años cuarenta y principios de la década siguiente, mostrando cómo ciertos medios periodísticos y partidos políticos liberal-progresistas (algunos de ellos en el oficialismo, otros en la oposición), procesaron el final de la segunda guerra mundial y el inicio de la guerra fría, y cómo se sirvieron de algunos elementos ideológicos transnacionales (como el antifascismo o el anticomunismo) para interpretar la realidad local, para afianzar cierta imagen nacional y para caracterizar a sus adversarios políticos. Proponemos dar cuenta de las particularidades locales que adquirió el proceso de desembarco de la lógica del enfrentamiento entre las superpotencias, detectando simultáneamente los elementos ideológicos transnacionales que se hicieron presentes en más de uno de los cuatro escenarios nacionales.

La diversidad de las representaciones con que grupos liberales de los cuatro países representaron a sus adversarios entre 1945 y 1952 obedece al accionar de por lo menos tres variables distintas: a) la posición del país y sus principales actores políticos durante el conflicto bélico (neutralidad/participación; aliadofilia/pro-Eje), b) la naturaleza del régimen político vigente; c) las tradiciones ideológicas presentes durante la guerra.

I - Los efectos de la segunda guerra mundial

Los impactos económicos y políticos de la segunda guerra mundial y su desenlace a partir de 1945 fueron muy intensos en el cono sur. Entre los económicos hay que anotar la imposición definitiva de un nuevo orden económico en el que, por muchos años, Estados Unidos se convirtió en el principal actor, sea por su capacidad para absorber importaciones como por su enorme envergadura como potencia financiera e industrial. La reconstrucción europea, aunque extremadamente rápida, demoró varios años en completarse, y nunca consiguió reponer el anterior sistema de comercio multipolar. La URSS no se convirtió tampoco en un socio comercial relevante para el Cono Sur en esos años, y no solo por el hecho de que sus esfuerzos económicos estaban concentrados en la recuperación de los desastres ocurridos en su vasto territorio entre 1941 y 1945, sino porque sus objetivos estratégicos apuntaban más a Europa oriental que a América del sur. Por otro lado, en el reparto de áreas de influencia, quedaba claro para los cuatro firmantes del Tratado de Yalta que ese punto del mundo quedaría bajo influencia de Estados Unidos en la posguerra. Todo ello incidió para que América del sur quedara en buena medida más apremiada por la voluntad política de Washington

En cuanto a los efectos políticos del período de inmediata posguerra sabemos que entonces se produjo un giro en el ordenamiento global, pasando de un

régimen multipolar a otro en el que dos superpotencias extra-europeas marcaron el ritmo del juego por casi medio siglo. En los cuatro países que aquí interesan, la constitución de ese nuevo orden tuvo impactos disímiles, pero en todo caso hay algunos aspectos compartidos. Uno de ellos es que las ideologías abiertamente inspiradas en el fascismo, el integrismo católico u otra forma de derecha extrema, encontraron una recepción menos entusiasta entre las elites que la que habían recibido en la década de 1930 (McGee Deutsch, 1999). En cambio, la promoción del régimen democrático encontró nuevos adeptos entre actores (sea de izquierda o sea de derecha) que no habían mostrado anteriormente esa inclinación, sea por convencimiento o por conveniencia.

Sin lugar a dudas que la guerra produjo un fuerte reacomodamiento de los actores nacionales, quienes intentaron traducir a la escala local el enfrentamiento entre los fascismos y los Aliados. Así, el imaginario anti-fascista estuvo presente en buena parte del horizonte latinoamericano, a veces motorizado por los gobiernos (como en Chile y Uruguay), y a veces por actores partidarios (los liberales chilenos y los brasileños, los colorados uruguayos, los socialistas argentinos) o políticos no partidarios (como Acción Argentina, creada en 1940). Estos actores procuraron desarrollar un tipo particular de argumentación democratista, según la cual ésta constituía el régimen natural para los países sudamericanos. Los enemigos del régimen democrático eran reiteradamente señalados como "fascistas". Esa operación discursiva que resolvía al fascismo en anti-democracia, permitía denunciar como seguidores del *Duce* a todos aquellos que promovían formas de gobierno que se alejaban, más o menos, del ideal que ellos profesaban de una democracia.

Es claro que seleccionar la crítica antidemocrática al fascismo entre todas las otras que se le hacían en su momento (como estadolatría, imperialismo, racismo, etc.), tenía una voluntad clara, como el deseo de denunciar afinidades entre los regímenes políticos locales y Berlín en el caso de quienes estaban en la oposición (Argentina y Brasil), o la tendencia a entender a los principales sectores de oposición como representantes locales del fascismo y, por ende, como potenciales amenazas totalitarias (Chile y Uruguay). En esa defensa de la democracia como el único régimen posible y deseable para Sudamérica, distintos actores políticos de estos cuatro países fueron creando, reproduciendo y difundiendo un conjunto de imágenes heterogéneas de lo que eran los actores anti-democráticos. Esas imágenes en algunos casos estaban atadas a la impugnación al personalismo, al populismo o caudillismo, a los políticos y partidos señalados como cripto-fascistas, comunistas o totalitarios o, lo más regular, como una combinación de todos ellos.

II - Del final de una guerra caliente al inicio de una guerra fría

El golpe del 4 de junio de 1943 no aportaba mayores promesas para la democracia en Argentina, luego de una década de fraude y violencia política. Una dictadura militar con un acentuado carácter clerical-nacionalista, impuso la enseñanza católica obligatoria en las escuelas, suprimió la vida partidaria y nombró como interventores provinciales a figuras de extrema derecha. Dentro del grupo castrense en el poder había sectores favorables al Eje, pero la mayoría de los militares postulaba la necesidad de mantener la política de neutralidad en la contienda bélica. Las razones tenían que ver con el deseo de

no ser arrastrados por Washington en su política de seguridad hemisférica y de mantener lo más abiertas que se pudieran las puertas del comercio exterior (Newton, 1995). Sin embargo, esa neutralidad fue denunciada por los opositores como una señal de coqueteo con el tercer *Reich*.

Los partidos políticos y los medios gráficos más importantes tendieron a asociar de una manera reiterada a la dictadura (y a uno de sus más destacados hombres, el coronel Perón) con el fascismo, tal como hizo desde 1945 en Brasil la União Democrática Nacional con Vargas. Dada la prohibición de efectuar actividades político-partidarias, la plataforma que más usaron los opositores a la dictadura fue la provista por la movilización antifascista. Ésta funcionó como un espacio de militancia, de formación de identidades y de reproducción de liderazgos políticos y sociales, así como un punto de encuentro multipartidario y a la vez a-partidario. Allí encontraron un campo común actores provenientes de distintas tradiciones políticas, que sostenían la idea de que Argentina era un país eminentemente liberal, democrático y laico, en el cual no había lugar para totalitarismos ni ultramontanismos (Bisso, 2005). Esa lectura del pasado nacional tendía a destacar las raíces republicanas y liberales del país, y el carácter foráneo de los experimentos autoritarios. Esta particular forma de ver el pasado y la realidad nacional fue compartida por liberales, la Unión Cívica Radical, el Partido Demócrata Progresista, el Socialista y el Comunista.

Tras la firma de la paz en Europa, se intensificó la presión opositora sobre la dictadura. De esta manera, cayó en desgracia el coronel Perón, quien fue detenido el 9 de octubre de 1945. Una rápida reacción de dirigentes sindicales permitió modificar el rumbo de la situación política, tras una poderosa movilización de obreros a la ciudad de Buenos Aires el día 17 de ese mes. Perón pasó en días de ser un preso a encabezar la fórmula presidencial del recientemente formado Partido Laborista. Fue la fortaleza del movimiento obrero argentino la que permitió sostener las aspiraciones de Perón, a diferencia de la debilidad y heteronomía de su par brasileño, inhábil para defender con éxito el proyecto de continuidad del varguismo, conocido como *queremismo* (Ferreira, 2003). Como mostró French (1988, p. 43; 1989, p. 23), este tipo de comparaciones transnacionales permiten explicar resultados radicalmente distintos a partir de procesos sociopolíticos similares: mientras que en un caso la clase obrera estaba organizada y era poderosa y consiguió orientar el proyecto populista hacia la satisfacción de muchos de sus intereses directos, en el otro, en Brasil, una débil organización tuvo menos capacidad para condicionar a los dirigentes varguistas y no ser manipulada (Groppo, 2009).

La candidatura de Perón a las elecciones presidenciales de febrero de 1946 polarizó el campo político y social, e invitó a todas las fuerzas opositoras (prensa, partidos, asociaciones empresarias y civiles, etc.) a dejar de lado sus diferencias. Así nació Unión Democrática, un frente electoral que reunió a los principales partidos para enfrentar con una fórmula presidencial unificada al candidato del régimen militar. Contó con el apoyo explícito del embajador norteamericano y los periódicos más importantes del país, *La Nación* y *La Prensa*, que desarrollaron una tarea sistemática de desprestigio y desestimación de Perón, sus propuestas y sus seguidores. Abiertamente, *La Prensa* expuso la idea de que el peronismo iba a contramarcha de la historia y la tradición (democrática) nacional. El día de las elecciones, 24 de febrero de 1946, *La Prensa* insistía con la idea de que la única manera de entender al

peronismo era atendiendo al impacto de su “propaganda engañosa” o a la “falta de carácter” de sus seguidores (Ajmechet, 2008, p. 2). Para la gran prensa liberal el modelo ideal de gobierno era una república de ciudadanos calificados y de partidos políticos responsables y secularizados, respetuosos de la constitución, los derechos individuales y el libre juego de las fuerzas de mercado (Nállim, 2010). Así, los partidos de principios se oponían al personalismo, el caudillismo y la demagogia que identificaban en el peronismo. El peronismo sólo era personalismo, libre de instituciones, principios y partidos: “No se trata de partidos que han levantado una candidatura, sino de una candidatura que ha dado motivo para la formación de esos partidos” (La Prensa, 1946). Según *La Prensa*, Argentina no se hizo en base al accionar de los caudillos sino de los letrados (Bohoslavsky, en prensa). Como se verá, no eran muy distintas las afirmaciones de los dirigentes battlistas para referirse al herrerismo, entendido como mera expresión de los caprichos personales de Herrera más que como vehículo de ideas o representación de un sector de la sociedad uruguaya.

Al igual que en Argentina, Brasil vivió buena parte de la segunda guerra mundial bajo un régimen autoritario. Invocando razones de seguridad nacional tras una supuesta sublevación comunista, Getulio Vargas inició en 1937 el régimen de *Estado Novo*, en el cual quedaron abolidas las instituciones republicanas y fueron suspendidos los partidos. El nombramiento de interventores en los Estados, el uso de la censura sobre la prensa gráfica (Capelato, 1998) y la persecución y encierro de opositores (Tucci Carneiro, 2002) complementan el panorama político. La clausura de los canales políticos tradicionales y la imposición inconsulta de una Constitución inspirada en la *Carta del Lavoro* y en el régimen de Pilsudski (Levine, 1998, p. 51) enemistaron a Vargas con sectores de élite de varios Estados, que habían perdido parte de su capacidad para controlar las situaciones regionales, y en consecuencia, para influir en el ámbito nacional. Vargas coqueteó con el tercer *Reich*, haciendo alarde de ser líder de un régimen que había dejado atrás a las decimonónicas doctrinas liberales y que había derrotado al comunismo. Mientras mantuvo esa postura, el PCB permaneció cerca de otras fuerzas políticas liberales y conservadoras, también convencidamente aliadófilas (el panorama no es muy distinto del argentino entre 1943 y 1945).

La oferta norteamericana de armamentos y de créditos y el hundimiento de barcos brasileños por parte de submarinos alemanes ayudaron a dejar de lado la posición de neutralidad frente al conflicto europeo. En 1942 Brasil se realineó junto a los Aliados y envió la *Força Expedicionária Brasileira* (FEB) a combatir al sur de Italia. El brusco giro en política internacional descolocó a toda la oposición, que veía cómo el régimen pasó de entregarle a Olga Benario a la Gestapo a considerarse el campeón de las democracias en la lucha contra el fascismo. La oposición liberal no dejó de señalar dos cosas con respecto a la participación brasileña en la guerra. En primer lugar, que la solidaridad con los Aliados había sido desde 1939 su postura y no la del varguismo. En segundo lugar, que se evidenciaba una contradicción insalvable: Brasil estaba alineado en el exterior a favor de las democracias y contra el fascismo, pero en el interior no daba señales de tener la misma fe democrática. Como expresó la asociación de periodistas en un comunicado colectivo en marzo de 1945, era “tiempo de acabar con el absurdo de ostentar una democracia sólo para uso exterior” (en Franco, 1946, p. 184).

La ansiedad por mayores libertades, como las que se suponía que fue a defender la FEB generó un clima de opinión frente al cual el *Estado Novo* mal podía argumentar. El fracaso de la ofensiva alemana en la Unión Soviética prometía el final de la guerra en Europa y alentaba a imaginar un abandono generalizado de los regímenes autoritarios. Vargas, en sus discursos, comenzó a señalar la necesidad de darle alguna transición al *Estado Novo* (Cotrim, 1999, p. cap. VII). En 1944 y 1945 las impugnaciones se multiplicaron. Provenían de disidentes de izquierda, empresarios, estudiantes universitarios y un número creciente de organizaciones de abogados, escritores, profesores y periodistas. Desde febrero de 1945 la prensa liberal, principalmente el enconado *O Estado de São Paulo* comenzó a atacar fuertemente la legislación *trabalhista*, asimilándola a las leyes laborales del fascismo (Ferreira, 2003, p. 17).

Para descomprimir la presión tras la caída de Hitler y a la vez mostrar sus credenciales democráticas, el régimen amnistió a presos políticos, restableció relaciones diplomáticas con la URSS y facilitó la acción de la prensa y la creación de partidos políticos. La convocatoria a elecciones para el 2 de diciembre de 1945 fue el pistoletazo de partida para la creación de los tres principales partidos políticos, que animaron la vida política brasileña hasta 1965, constituyendo por primera vez un sistema nacional de partidos: el Partido Social Democrático (PSD), el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) y la opositora União Democrática Nacional (UDN), segura de capitalizar electoralmente la victoria de los Aliados y de estar dando la misma batalla que se libraba en Europa.

El PCB fue opositor al *Estado Novo* mientras éste mantuvo la neutralidad en la guerra. Muchos dirigentes y militantes del partido fueron perseguidos, torturados y encerrados, entre ellos su líder, Luis Carlos Prestes. Pero una vez que Vargas modificó esa línea, y decidió el envío de tropas, el PCB acompañó ese giro, dejando de lado la calificación de "fascista" con la que lo había caracterizado hasta entonces. Su nueva línea política sostenía que el país estaba involucrado en una guerra legítima y que debía primar, en consecuencia, el apoyo irrestricto a su gobierno hasta que terminara la conflagración. La dictadura estadonovista y el PCB establecieron una suerte de alianza tácita y táctica en 1945, en torno a la necesidad del llamado a una nueva Asamblea Constituyente. Los acuerdos –imaginados, firmados o al menos en vías de negociación- entre Vargas y Prestes a lo largo de 1945, tendientes a reducir la represión sobre el PCB a cambio del apoyo a la Convención constituyente que habilitar la presentación de Vargas como candidato. Este giro alejó al comunismo del resto de los partidos opositores, que vieron en esa abrupta modificación de la postura no sólo una defección del bando antifascista sino, sobre todo, un alineamiento con Vargas. Por ello el PCB quedó aislado del resto de las fuerzas anti-varguistas, unificadas en la UDN (Alvez de Abreu & Raposo, 1981, p. 267; Camargo, Mariani, & Teixeira, 1983, p. 122).

El 29 de octubre de 1945 Vargas fue depuesto por generales del Ejército que hasta entonces habían formado parte de su gabinete. Un mes más tarde se realizaron las anunciadas elecciones presidenciales: Eduardo Gomes de la UDN obtuvo 35% de los votos, insuficientes frente al 55% del varguista Dutra. En tercer lugar, con un sorprendente 10% de los votos, apareció el candidato presidencial del PCB, que consiguió que quince candidatos a diputados fueran electos.

Lo ocurrido en Uruguay y Chile difiere sustancialmente de lo que sucedía en los dos países más grandes de Sudamérica en el final de la guerra. En primer lugar, porque a lo largo de la contienda ambos países vivieron bajo regímenes democráticos, luego de las experiencias dictatoriales desarrolladas a inicios de la década de 1930 (1927-1931 en Chile; 1933-1938 en Uruguay). En segundo lugar, porque el poder ejecutivo estaba detentado por coaliciones gobernantes de naturaleza multipartidaria, pero ideológicamente de signo liberal-progresista. Tanto el batllismo en Uruguay como el Frente Popular en Chile motorizaban una imagen nacional según la cual la identidad del país era inescindible de la democracia multi o bi-partidaria, y que en términos internacionales su destino estaba atado de “las democracias” (Caetano & Rilla, 2003; Rama, 1987), término que englobaba esencialmente a los Aliados (entre ellos a la URSS, al menos hasta 1945).

En Uruguay, el régimen político conservador iniciado tras el golpe de Estado presidencial de marzo de 1933 y consolidado con la reforma constitucional del año siguiente, comenzó a mostrar sus primeras fisuras en el marco de la coyuntura de la segunda guerra mundial. Su sustento político había estado en una alianza inter-partidaria entre el herrerismo (el sector del Partido Nacional liderado por Luis Alberto de Herrera) y sectores del Partido Colorado opuestos al batllismo, la corriente que hasta entonces había liderado al partido (Caetano & Rilla, 2005). Ese régimen mostró signos de afinidad hacia las ideas corporativistas y los sectores políticos que lo apoyaron, principalmente el herrerismo, fueron firmes defensores de la neutralidad frente al conflicto internacional, lo cual fue persistentemente señalado como adhesión al fascismo por parte de los grupos batllistas liberales desplazados a partir del golpe.

Tras la descomposición del conglomerado político entre herreristas y colorados no batllistas a finales de la década de 1930, se produjo un reposicionamiento de los sectores liberales desplazados durante ese decenio. Tanto batllistas como nacionalistas independientes (grupo escindido del Partido Nacional por sus conflictos con el herrerismo) iniciaron un proceso de reinserción institucional que terminó con la reincorporación de los primeros al Partido Colorado y con la conformación del Partido Nacional Independiente por parte de los segundos. La reforma constitucional de 1942 desarmó los mecanismos institucionales que había fijado la alianza que había promovido el golpe de estado. Con ello, tanto batllistas como nacionalistas independientes retomaron su participación electoral y se hicieron del control de las instituciones de gobierno, tanto ejecutivas como legislativas (Frega, Maronna, & Trochon, 1987; Nahum, Cocchi, Frega, & Trochon, 1989).

El proceso de reinserción de batllistas y nacionalistas independientes en el sistema político quedó indisolublemente ligado al paulatino alineamiento pro-norteamericano (presentado como solidaridad con las democracias y contra el fascismo) que los gobiernos uruguayos impulsaron desde los primeros años cuarenta. El desmoronamiento de la alianza conservadora potenció la idea de retorno a la democracia en el plano interno, lo que se articuló armónicamente con el declarado compromiso de defensa de la libertad y de la democracia en el plano internacional por parte de los nuevos gobernantes. La identificación del batllismo con la democracia se vio potenciada durante esta coyuntura, y ello se tradujo en una fuerte retórica anti-totalitaria que situó al herrerismo, principal competidor del batllismo, como eventual peligro interno al entenderlo como representante local del fascismo. El peso electoral que el herrerismo continuó

teniendo a lo largo de todo el período hizo que éste fuera la principal preocupación de los nuevos grupos gobernantes, mucho más que los sectores de izquierda, incluido el Partido Comunista.

El paulatino ascenso del batllismo en Uruguay, hasta consolidarse como principal fuerza de gobierno tras el mandato de Luis Batlle Berres, reactivó el imaginario liberal y republicano conformado en las primeras décadas del siglo y su correspondiente rechazo hacia los liderazgos políticos entendidos como personalistas y por lo tanto no liberales (D'Elía, 1982; Oddone, 2003; Panizza, 1990; Rama, 1987). Tanto desde el batllismo, como desde el nacionalismo independiente, quien encarnaba el modelo de líder personalista era Luis Alberto de Herrera. De este modo, los marcos ideológicos característicos de la segunda guerra mundial continuaron operando fluidamente hasta entrada la década de 1950. La identificación del herrerismo con el fascismo y el falangismo por parte de los sectores liberales hizo posible que el declarado compromiso anti-totalitario se presentara como antifascismo o como anticomunismo según lo demandaran las coyunturas políticas internas.

En el caso chileno, desde 1932 se vivía una restauración democrática luego de la dictadura de Ibáñez (1927-1931) y de la inestabilidad política que le siguió. El gobierno de Alessandri primero (1932-1938) y del Frente Popular después, mostraban que Chile era un país democrático, en el que podía haber alternancia en el gobierno y las Fuerzas Armadas debían tener un rol absolutamente neutral en la política. El Partido Comunista era parte de la coalición dominante, y sus diputados actuaban de común acuerdo con el Poder Ejecutivo –y así lo hicieron hasta 1946- en la convicción de que promover la paz social implicaba asegurar la provisión de bienes estratégicos para los Aliados. La presencia del comunismo en la coalición gobernante actuaba a su vez como una forma de confirmar la simpatía con todos los Aliados (tanto las euro-americanas como la soviética). Hacia el final de la guerra el PCCh tenía más del 10% de los votos, que le habían permitido obtener 15 diputados y 3 senadores (entre ellos Pablo Neruda).

La oposición, compuesta principalmente por liberales y conservadores, era también promotora de la causa de los Aliados. Hacia 1944 y 1945, la defensa del neutralismo era leído como evidente señal de identificación con la causa del Eje, y sólo grupos muy marginales, como la Vanguardia Popular Socialista (el nuevo nombre del partido nazi chileno), parece haberse sostenido en esa postura (Klein, 2001). El grado de unanimidad política alcanzada por el compromiso con los Aliados (pese a lo tardío de la declaración de guerra al Eje) obligaba a buscar otros elementos identitarios que pudieran diferenciar a las fuerzas políticas: de allí el peso que tuvo, a partir de 1946, el anticomunismo en Chile.

En 1946 el PCCh participó del frente electoral que impuso a Gabriel González Videla como primer mandatario, lo cual permitió constituir el primer gabinete con ministros comunistas en la historia de Sudamérica. Ello provocó la aparición de algunos problemas políticos y de gobernabilidad, dado que el PCCh simultáneamente participaba del gabinete y alentaba una conflictividad sindical, que había estado contenida en los años anteriores como gesto de colaboración con el esfuerzo aliado. La “unión nacional” era el mito que permitía ocultar las numerosas diferencias entre los comunistas y los radicales –el partido de centro reformista, que dominaba al Frente Popular- y que a la vez ubicaba en el tiempo de la posguerra la concreción de anheladas reformas

sociales y mejora de las condiciones de vida mineros, campesinos y trabajadores industriales. El problema se suscitó cuando el tiempo de la posguerra se hizo presente y estallaron las demandas sociales contenidas.

III - Llegada y adaptación de la Guerra Fría

Las preocupaciones estadounidenses por la expansión de la URSS en el mediterráneo oriental se llevaron buena parte de 1946 y 1947. El éxito de las guerrillas comunistas en Grecia y Turquía y la voluntad británica de abandonar aquellas tierras a su suerte, apuró la intervención de Washington como garante de la *pax americana*. Fue en ese contexto que el anticomunismo alcanzó nuevas olas de intensidad en la América del sur. Sin embargo, lejos de ser homogéneos, los tratamientos nacionales de la Guerra Fría variaron mucho. Y esa notable diversidad era menos tributaria de la actividad real de los comunistas en cada uno de los cuatro países que aquí interesan que de la manera en la que se habían producido los alineamientos políticos sobre el final de la segunda guerra.

En el caso argentino, la inclusión del Partido Comunista en la Unión Democrática fue festejada por la prensa liberal, que insistía en considerar a ese partido tan respetuoso de la democracia y las tradiciones nacionales como los demás miembros del frente electoral. De los *meetings* realizados por el Partido Comunista se señalaba su carácter patriótico y pacífico y que la policía los reprimía sólo con el fin de sostener las chances electorales del “candidato nazi”. El sostenimiento de la línea de neutralidad frente a la guerra hasta 1945 inhabilitó cualquier posible acercamiento entre el régimen y el Partido Comunista, al cual, por otro lado, la política desarrollada a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión perjudicaba directamente, mucho más que la retórica fuertemente anticomunista que el régimen producía y estimulaba. La acción del coronel Perón y de la Secretaría actuaba contra los dirigentes sindicales y organizaciones obreras ligadas al comunismo, por lo que parecía establecerse entre ambas fuerzas -comunistas y peronistas- un espacio de abierta competencia y no de colaboración, como en el caso de varguistas y comunistas. El anticomunismo de la alianza fraguada entre el Partido Laborista, disidentes de la Unión Cívica Radical, sectores de las Fuerzas Armadas y la Iglesia, y orientada por el coronel Perón, les alienaba a los comunistas el espacio que Vargas y su discurso a favor de la reforma social les venía dando desde inicios de 1945, movido por la necesidad de mostrar un perfil más “democrático” frente a Estados Unidos.

Tanto en Brasil como en Chile hacia 1947 y 1948 se constituyeron fuertes corrientes de opinión en la prensa y los partidos tendientes a repudiar la presencia (real o imaginada) de los comunistas (Valdivia Ortiz de Zárate, 1995, p. 11). Es importante atender al hecho de que este conjunto de expresiones en algunos casos se adelantaron a la escalada de enfrentamientos entre las superpotencias, lo cual remite a causas más nacionales que globales (Motta, 2002, p. 3). Las disposiciones persecutorias contra el PCB se iniciaron antes de que Truman hiciera explícita la noción de que Washington y Moscú tenían divergencias insalvables: incluso la embajada norteamericana consideró “precipitada” la decisión de romper relaciones con la URSS en octubre de 1947 (Motta, 2002, p. 3). En ambos países millones de trabajadores aspiraban a que muchos de los sacrificios que le fueron exigidos por el gobierno nacional y por

el Partido comunista en nombre del esfuerzo de guerra, se trocaran por beneficios materiales concretos y legislación laboral más protectora. Por ello el fin de la “unión nacional” y la reducción de la represión policial (intensa en el *Estado Novo*) generaron un recrudecimiento de los conflictos sociales y estimularon muchos miedos anticomunistas entre empresarios y partidos de derecha en Brasil y Chile. En los dos países se aprobaron leyes para dejar fuera de la vida política al comunismo, por entenderlo ajeno a las reglas democráticas y a las tradiciones cívicas nacionales. Esa proscripción generó fuertes debates al interior de las bancadas de la UDN en Brasil y del Partido Conservador en Chile, dado que algunos parlamentarios se oponían a esa decisión.

En Chile, la agitación sindical minera e industrial se había incrementado notoriamente sobre el final de la guerra y en la inmediata posguerra, entre otras cosas por el renacido enfrentamiento entre socialistas y comunistas: en 1944 en 60 huelgas intervinieron 26.000 obreros, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes (Correa Sutil, 2005, p. 113). El presidente González Videla creyó que incluyendo al PCCh en su gabinete aminoraría o neutralizaría esa conflictividad (Bravo Ríos, 1955, p. 186). Sin embargo, la presencia de altos funcionarios y ministros comunistas generó tensiones sociales y políticas y terminó haciendo más incoherente el desarrollo de una política de paz social. Por ello los ministros comunistas duraron sólo cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron de distinta naturaleza. Por un lado, por el temor del Partido radical (el del presidente) ante el crecimiento electoral del comunismo, que iba absorbiendo una parte del electorado que tradicionalmente lo apoyaba. Por otra parte, por el rechazo de los latifundistas a la promoción de la sindicalización rural que llevaba adelante el PCCh. Finalmente por las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera (Halperin, 1965, p. 53).

González Videla ilegalizó al PCCh en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros (Angell, 1997, p. 97; Bravo Ríos, 1955, p. 189). La ley de “Defensa Permanente de la democracia” contó con la aprobación de los conservadores, los liberales, el Partido Agrario Laborista, algunos socialistas y la mayor parte del gobernante Partido Radical. En su contra se alinearon el PCCh, la Falange Nacional (que en 1957 pasó a ser el Partido Demócrata Cristiano), algunos socialistas y radicales. La ley canceló el registro partidario del PCCh, permitió el encarcelamiento de sus dirigentes y borró del padrón electoral a sus afiliados y a los sospechados de serlo. La ley se mantuvo en vigencia por diez años, y tanto González Videla como la posterior presidencia de Ibáñez, se sirvieron de ella para deshacerse de conflictos sindicales en los cuales denunciaban la presencia del comunismo (Bohoslavsky, 2011; Huneus, 2009).

Si bien el miedo a la expansión del comunismo en Brasil era desmedido, reflejaba la convicción de líderes liberales, de sindicalistas varguistas y de empresarios de que el electorado se estaba orientando hacia la izquierda y de que los choques sociales iban a aumentar. El clima reivindicativo y huelguista se fue agravando entre los trabajadores a mediados de 1945. Las razones había que buscarlas en la crisis económica de posguerra, la ampliación de libertad de prensa, la amnistía a elementos “peligrosos”, la multiplicación de la movilización de los trabajadores y militantes en ámbitos urbanos y la legalización del Partido Comunista (Cotrim, 1999, p. 94). Efectivamente, la

apertura del régimen favoreció también al PCB, que aprovechó la tolerancia policial y la amnistía de muchos de sus dirigentes lanzarse a las calles.

El éxito electoral del PCB asustó a dirigentes y bases de la UDN y los incentivó a aceptar lineamientos y razonamientos políticos reaccionarios y muy influidos por la lógica de la guerra fría a partir de 1946. Asimismo, disuadió a muchos militares durante el gobierno de Eurico Dutra (1946-1950) de la idea de quitarle derechos políticos a Vargas: una maniobra así, especulaban, habría conducido a millones de trabajadores *getulistas* a las manos de un enemigo aun más temido, como era el comunismo (French, 1994, p. 160). El gobierno de se enfrentó con vehemencia a la expansión de la conflictividad sindical y prohibió el derecho de huelga antes de que entrara en vigencia la nueva constitución. El Ministerio de Trabajo intervino varios sindicatos y cerró la recientemente creada *Confederação Geral dos Trabalhadores do Brasil*. El 7 de mayo de 1947 la justicia federal suspendió el registro legal del PCB. En enero de 1948 cesó el mandato de todos los representantes comunistas. El debate parlamentario que permitió la “*cassação dos deputados do PC*” fue muy arduo y no estuvo exento de desatar un escándalo de proporciones en el recinto por la presencia de armas (Alvez de Abreu & Raposo, 1981, p. 43 y 256). Diputados oficialistas y de la opositora UDN asumieron el discurso anticomunista y justificaron la vulneración de las garantías individuales en la medida en la que se consideraba amenazados el orden social y la civilización brasileña (Camargo, et al., 1983, p. 128).

Pero también hubo diputados y afiliados de la UDN que se opusieron a la medida, amparados en su ideario liberal-republicano, por entender que se vulneraban derechos básicos. Como expresaba uno de los dirigentes que estuvo en la UDN desde sus comienzos, la ley conllevaba el intento de un grupo dictatorial (los herederos de Vargas) de proscribir a otro grupo dictatorial (el comunismo):

Não e possível que a liberdade que reconquistamos, depois de uma longa guerra batalhada em sua defesa, seja novamente sacrificada pelos remanescentes da ditadura, na sua luta contra ditatorialistas de outro gênero¹

El lugar que el Partido Comunista ocupó en el sistema político uruguayo fue marginal. Si bien el encuadramiento institucional de este partido fue indiscutible, tanto por aceptar explícitamente las reglas del juego democrático para acceder a cargos de gobierno como por su permanente posición de respeto a las instituciones vigentes, en ningún momento fue convocado a conformar alianzas con sectores de los partidos políticos nacionalistas o colorados. Ningún partido de izquierda fue incluido en las diversas alianzas interpartidarias que los principales sectores políticos conformaron en el período, lo cual confirmó y fortaleció el carácter bipartidista del sistema político uruguayo y el control que colorados y nacionalistas mantuvieron en su interior. De tal modo, tanto comunistas como socialistas, se limitaron a ocupar posiciones parlamentarias según lo indicara la proporcionalidad que emergía de las elecciones nacionales y ambos, en conjunto, no lograron sobrepasar el 10% del electorado ni mantener porcentajes de votación cercanos a tal cifra en las distintas elecciones del período.

¹ Archivo CPDOC-FGV, Carpeta VMF, pi Franco, V. A. M. 1947.05.00

La tolerancia al Partido Comunista, que se mantuvo en la legalidad durante todo el período, fue acompañada de reiterados pronunciamientos anticomunistas que variaron en intensidad y en contenido según los distintos sectores nacionalistas y batllistas. Dentro de los sectores liberales, tanto el nacionalismo independiente como parte del batllismo –el sector nucleado en torno a los hijos de José Batlle y Ordóñez, los hermanos Batlle Pacheco- adoptaron un explícito alineamiento pro-norteamericano e insistieron reiteradamente en los peligros que engendraba el comunismo, señalando permanentemente vías posibles de infiltración. Por su parte, el sector del batllismo organizado en torno a Luis Batlle Berres –sobrino de José Batlle y Ordóñez- adoptó, pese a su rechazo al comunismo, una postura más conciliatoria, confiada en que su proyecto sociopolítico eliminaría de raíz las condiciones que pudieran abonar el terreno para que tal ideología tomara arraigo en el país (Iglesias, 2010). Este anticomunismo, que podríamos llamar de baja intensidad, estuvo acompañado, por un lado, por la identificación del peligro comunista como algo lejano, como un peligro que, si bien era una amenaza, afectaba principalmente al mundo europeo. Por otro lado, y como consecuencia de los avatares del comunismo en varios países de la Europa occidental, en la idea de que dicha ideología se encontraba en decadencia.

IV – Conclusiones y comparaciones: usos del anticomunismo y de las auto-imágenes nacionales

La asimilación de Getúlio Vargas con Hitler y la de Perón con Mussolini (y la de Vargas con Perón) se convirtieron en ejercicios recurrentes y que se han sostenido en el tiempo con particular y notoria intensidad e insistencia. Si en esta caracterización el *pai dos pobres* y el Primer Trabajador eran antidemocráticos, la auto-imagen de sus opositores era la de demócratas que habían apoyado la lucha contra el fascismo desde sus inicios. Allí hay que buscar entonces las claves para entender el rápido paso entre 1945 y 1946 de la retórica anti-fascista a la anti-populista en Brasil y Argentina, así como algunas de las dificultades halladas para que esa oposición liberal asumiera completamente la lógica anticomunista que Washington difundió desde 1947. La caracterización que los medios argentinos ofrecían del comunismo no varió demasiado a lo largo del período 1945-1947. El PCA siguió siendo considerado como un partido democrático más. El deseo de mantener unido el frente antiperonista –frente bastante maltrecho por la rápida disolución de la Unidad Democrática y porque sólo los radicales consiguieron representación parlamentaria nacional- primaba por sobre las posibles influencias que ejerciera la presión anticomunista proveniente de Washington. En el mismo período en el que el PCB era excluido del juego político en Brasil por considerársele representante de un país y de una doctrina de tipo totalitario, la derecha liberal expresada por *La Prensa* seguía considerando al PCA un partido democrático y respetuoso de las tradiciones políticas nacionales. Es que, a diferencia de sus pares chilenos y brasileños, el comunismo argentino carecía de tradiciones y experiencias insurreccionales. Esa debilidad de vinculaciones con los alzamientos violentos –y con miembros de las Fuerzas armadas- facilitó la incorporación del PCA al frente electoral multipartidario de la Unión Democrática al presentarlo como un partido más, participante de una supuesta

tradición republicana, antifascista, pacífica, laica y democrática argentina, que muchos hacían nacer ya en Mayo de 1810 (Bisso, 2005, p. cap. III)

Si bien en Argentina y Brasil la oposición a las dictaduras en la década de 1940 estaba constituida por frentes electorales multipartidarios, apoyado por asociaciones civiles y empresas periodísticas, sus derroteros reconocen varias diferencias. La UD, al contrario de la UDN, parecía más una combinación de partidos tradicionales decididos a restaurar las perdidas tradiciones cívicas argentinas que un nuevo actor político (Sidicaro, 1993, p. 188). En Brasil los partidos que compitieron por la presidencia en 1945 eran nuevos: tanto el PTB y el PSD como la UDN nacieron ese año, aunque estaban compuestos por figuras, periódicos, asociaciones y partidos que acreditaban experiencia en la política regional y nacional (Souza, 1990). Sólo el PCB podía jactarse de cierta profundidad cronológica, que debía matizarse por lo reiterado y extendido de los períodos en los que estuvo ilegalizado, desde su creación. A diferencia de la UDN, el frente multipartidario argentino se deshizo apenas sufrir la derrota electoral en febrero de 1946. Tras la elección, el sistema de partidos volvió a quedar basado en los mismos actores de las últimas dos o tres décadas (radicales, socialistas, comunistas, conservadores), a los que se les sumó otro tan nuevo como exitoso en términos electorales y de transformación política: el peronismo.

El Partido Comunista argentino obtuvo 41.864 sufragios para sus candidatos a la Cámara baja en 1946: en términos porcentuales, era menos del 1,5% de los votos emitidos. Como señaló French (1989, p. 123) a pesar de que el PC argentino era más fuerte que el PCB, sufrió una derrota humillante a manos de un candidato populista masivamente votado por la clase obrera, mientras era parte de un frente electoral con “partidos patronales”. Así, mientras que la Unión Democrática no dejaba de lamentar que uno de sus miembros obtuviera tan paupérrimo resultado electoral, la UDN, observaba que el PCB, ajeno a ese frente electoral, obtenía más de medio millón de votos para la presidencia. Los liberales chilenos también debían ver en 1946 que una décima parte de los sufragios emitidos fueron con destino a los comunistas. De hecho, los resultados electorales de 1945 y 1946 marcaron algunos de los caminos que siguieron de allí en adelante las derechas en Argentina, Brasil y Chile: en la primera fue mayor y más permanente el encono anti-populista, mientras que en el segundo parece haber tenido un peso más relevante el anticomunismo desde allí en adelante, y en el tercero el anticomunismo fue casi excluyente.

Un elemento que constituyó una influencia central en los modos en que los gobernantes liberal-progresistas de Uruguay y de Chile construyeron su identificación con la defensa de lo que entendían como mundo libre y democrático fue el devenir político de otros países vecinos. Básicamente de aquellos que atravesaron procesos de ascenso al poder de militares o que vieron alterados sus sistemas democráticos por golpes de estado sucedidos por regímenes autoritarios y sustentados en fuertes liderazgos personales, como fue el caso del surgimiento del peronismo en Argentina o como fue la experiencia del *Estado Novo* entre 1937 y 1945. En el caso de Uruguay, tales hechos fueron destacados sistemáticamente por los principales sectores liberales, tanto batllistas como nacionalistas independientes, para destacar las características del devenir político e institucional del Uruguay presentando a la democracia del país como una excepción en el marco continental. Y lo propio hicieron los chilenos, para demostrar que su vida política corría pura y

exclusivamente a través de lo que se daban en llamar “tiendas políticas”. Y, con ello buscaban posicionarse no sólo como los responsables de tales particularidades (en sí mismas valiosas) sino, y, por sobre todo, como sus garantes últimos. La identidad nacional era inseparable de la existencia de partidos, sobre todo de aquellos que podían acreditar una larga existencia en el país: blancos y colorados en Uruguay, liberales y conservadores en Chile, todos ellos podían proclamar sin exagerar demasiado, que la historia de sus partidos era no sólo indisoluble de la vida nacional a secas sino tan longeva con ésta. Es por eso que un elemento que constituyó una influencia central en los modos en que los gobernantes liberales del período construyeron su identificación con la defensa de lo que entendían como mundo libre y democrático fue el devenir político de muchos países latinoamericanos. Básicamente de aquellos que atravesaron procesos de ascenso al poder de militares o que vieron alterados sus sistemas democráticos por golpes de estado sucedidos por regímenes autoritarios y sustentados en fuertes liderazgos personales. El recurso a esquemas ideológicos transnacionales, ya sea en clave antifascista o anticomunista, varió en cada uno de los países aquí analizados según las características que asumían los alineamientos políticos internos y los signos ideológicos que evidenciaban los principales regímenes dictatoriales. Mientras estos se alinearon en corrientes nacionalistas, los liberalismos en el gobierno o en la oposición tendieron a identificarlos con el fascismo. Conforme éstos fueron sustituidos, el comunismo o el “personalismo” comenzaron a constituirse en el principal enemigo de los liberalismos hasta que la Revolución Cubana dio el golpe de gracia tras definir su giro socialista. Para ese entonces, el liberalismo no solo se tornó netamente anticomunista sino que aceptó tejer alianzas con sus otrora rivales nacionalistas.

Bibliografía citada

- Ajmechet, S. (2008). *El diario La Prensa el 24 de febrero de 1946. El día que Perón ganó en las urnas*. Paper presented at the V Jornadas de Sociología de la UNLP.
- Alvez de Abreu, A., & Raposo, E. e. (1981). Juracy Magalhaes I, II e III (pp. 507 pag., dactilografiado.). Rio de Janeiro: CPDOC-FGV.
- Angell, A. (1997). La izquierda en América Latina desde c. 1920. In L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina* (Vol. XII). Barcelona: Crítica-Grijalbo.
- Bisso, A. (2005). *Acción Argentina: un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bohoslavsky, E. (2011). Entre el antipopulismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959). In F. Mallimaci (Ed.), *Nacionalistas y nacionalismos en el siglo XX: una aproximación entre América Latina y Europa*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Bohoslavsky, E. (en prensa). La extraviada senda. El liberalismo ante el nacimiento de la república populista (Argentina y Brasil, 1943-1946). In C. L. Silva, G. G. Calil & P. J. Koling (Eds.), *Estado e Poder*. Cascavel: Editora da Unioeste.
- Bravo Ríos, L. (1955). *Lo que supo un auditor de guerra* ([2. ed.]). Santiago: Editorial del Pacífico.

- Caetano, G., & Rilla, J. P. (2003). Los partidos políticos uruguayos en el siglo XX. In B. Nahum (Ed.), *El Uruguay del siglo XX. La política* (pp. 15-64). Montevideo: EBO.
- Caetano, G., & Rilla, J. P. (2005). *Historia contemporánea del Uruguay*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo.
- Camargo, A., Mariani, M. C., & Teixeira, M. T. L. (1983). *O intelectual e o político: encontros com Afonso Arinos de Melo Franco*. Brasília: Senado Federal: CPDOC/FGV: Editora Dom Quixote.
- Capelato, M. H. (1998). *Multidões em cena: propaganda política no varguismo e no peronismo*. Campinas: FAPESP; Papyrus.
- Correa Sutil, S. (2005). *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX* (1. ed.). Santiago: Editorial Sudamericana.
- Cotrim, L. C. D. A. (1999). *O ideário de Getúlio no Estado Nôvo*. Unpublished tesis de mestrado, Universidade Estadual de Campinas, Campinas.
- D'Elía, G. (1982). *El Uruguay neo-batllista, 1946-1958*. Montevideo: EBO.
- Ferreira, J. L. (2003). A democratização de 1945 e o movimento queremista. In J. L. Ferreira & L. d. A. N. Delgado (Eds.), *O Brasil republicano* (Vol. 3, pp. 13-45). Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Franco, V. A. D. M. (1946). *A campanha da U.D.N. (1944-1945)*. Rio de Janeiro: Livraria Editora Zelio Valverde.
- Frega, A., Maronna, M., & Trochon, Y. (1987). *Baldomir y la restauración democrática (1938-1946)*. Montevideo: EBO.
- French, J. D. (1988). Workers and the Rise of Adhemarista Populism in São Paulo, Brazil 1945-47. *The Hispanic American Historical Review*, V. 68(No.1), 1-43.
- French, J. D. (1989). Industrial Workers and the Birth of the Populist Republic in Brazil, 1945-1946. *Latin American Perspectives*, v. 16(No. 4), 5-27.
- French, J. D. (1994). The Populist Gamble of Getúlio Vargas in 1945. Political and Ideological Transitions in Brazil. In D. Rock (Ed.), *Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions* (pp. 141-161). Berkeley: University of California Press.
- Grosso, A. (2009). *Los dos príncipes. Juan D. Peron y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María: Eduvim.
- Halperin, E. (1965). *Nationalism and Communism in Chile*. Massachusetts: M.I.T. Press.
- Huneus, C. (2009). *La guerra fría chilena. Gabriel González Videla y la ley maldita*. Santiago: Debate.
- Iglesias, M. (2010). *La excepción y la regla. Estado, partidos políticos y medidas prontas de seguridad en Uruguay, 1946-1963*. Unpublished tesis de la Maestría en Ciencias Sociales, IDES y Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Klein, M. (2001). The New Voices of Chilean Fascism and the Popular Front, 1938-1942. *Journal of Latin American Studies*(33).
- La Prensa. (1946, 8 de febrero). Personalismos anacrónicos y fuera de lugar, 5.
- Levine, R. M. (1998). *Father of the poor? Vargas and his era*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- McGee Deutsch, S. (1999). *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.
- Motta, R. P. S. (2002). *Em guarda contra o perigo vermelho. O anticomunismo no Brasil, 1917-1964*. São Paulo: Editora Perspectiva: FAPESP.

- Nahum, B., Cocchi, A., Frega, A., & Trochon, Y. (1989). *Crisis política y recuperación económica. 1930-1958*. Montevideo: EBO.
- Nállim, J. (2010). An Unbroken Loyalty in Turbulent Times: La Prensa and Liberalism in Argentina, 1930-1946. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20(2).
- Newton, R. C. (1995). *El cuarto lado del triángulo. La "amenaza nazi" en la Argentina (1931-1947)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Oddone, J. (2003). *Vecinos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos, 1945-1955*. Montevideo: FHCE.
- Panizza, F. (1990). *Uruguay, batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Rama, G. (1987). *La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación* (1. ed.). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.
- Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Souza, M. d. C. C. d. (1990). *Estado e partidos políticos no Brasil (1930 a 1964)*. São Paulo: Editora Alfa-Omega.
- Tucci Carneiro, M. L. (2002). *Livros proibidos, idéias malditas: o DEOPS e as minorias silenciadas* (2a. ed.). Sao Paulo: FAPESP; Ateliê Editorial.
- Valdivia Ortiz de Zárate, V. (1995). *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.